

LA MUCHACHA DE LA ARMÓNICA AZUL METÁLICA.

Autor: Ginés Mulero Caparrós

SEGUNDA MENCIÓN HONORIFICA 2008

Me dan miedo esas grandes palabras que nos hacen tan infelices. James Joyce.

Nada más aterrizar en el aeropuerto de Dublín una lluvia tímida y oblicua se descarga de las nubes. Es una lluvia fina, inocente, superflua, que no cala. La temperatura es agradable, unos 10 grados, como a él le gusta: a una cierta distancia prudencial del escalofrío. La azafata lleva un traje chaqueta azulón, le sonríe cortésmente junto a la cabina y le desea buena estancia en *Baile Átha Cliath* ("El Pueblo del Vado de la Valla de Estacas"), traducción al castellano del irlandés moderno. La evanescencia del instante le hace creer que su bolsa de mano flota y que sus dedos huesudos no quedarán marcados por el torniquete de la cinta de cuero, pero nada más lejano a la realidad. Arcadio Cátulo Rangel acaba de bajar por las escalerillas postizas del boeing 707 agarrándose al raquíptico y declinante tubo herrumbroso que hace de balastrada, marcando cada paso de descenso, afianzándose en cada escalón, respirando la lluviecita menuda. La brisa fresquita impide a los hilos entrecortados de agua la verticalidad y nuestro viajero levanta la barbilla rala para sentir livianamente esos alfileres benefactores en el rostro, imaginando que serán una ayuda de acupuntura milenaria para su migraña enervante. Los pasajeros que le siguen tras la escalerilla se desesperan, pero Arcadio Cátulo Rangel no tiene prisa, sabe que las maletas tardan en llegar a la cinta transportadora, sabe del *carpe diem*, sabe que su llegada a Dublín es una despedida. Está cansado, demacrado, triste, viejo, y quiere para sí el respeto y el sosiego. Las protestas se

acrecientan a su espalda, pero él, a pesar de su vulnerabilidad, tiene la espalda ancha. Empieza a caminar lentamente por la pista de aterrizaje hacia el minibús que les espera para llevarlos a la terminal donde recogerán los bártulos. Todos los pasajeros de su vuelo le adelantan como si les hubieran inyectado un azogue líquido en las nalgas, una aliada ventolina fría también les empuja, pero no por ello el minibús sale antes. Llega el último, más mojado que seco, más húmedo que cualquiera de sus compañeros de viaje, se siente orgulloso por ello, como si eso fuera un mérito para agregar al final de su trayectoria personal. Obsoleto, el vehículo está atestado, no cabe ni el silencio. Dentro, hay una algazara de circunloquios versemblantes que no comparte, inventa que no hay motivo para tanto éxtasis, él es así, no incita a la anuencia. Su extrema delgadez le permite acoplarse perpendicular en un hueco imposible. Las puertas se cierran resoplando, piafando. Por un segundo su mente se imagina que el transporte es de ganado caballar; es como un flash, en un segundo fragmentado, de veloz hito en hito, le asaltan esas imágenes disparatadas, y tergiversa. Algunos científicos hipocráticos lo pueden acreditar como alegorías del destello de la muerte, él, como excelsas metáforas o fogonazos literarios de su vida. El minibús avanza trastabillándose: la cuadratura del círculo hecha cubiertas de unas ruedas mordidas por el cemento, desgastadas, aprovechadas en exceso hasta la decadencia. Desde el privilegio de su altura Arcadio ve un mar de cabezas moverse en un vaivén tosco, ve algún claro de un calvo aquí y allá, igual que islotes. A través del parabrisas delantero observa obnubilado un pedazo encefalador de cielo gris que le enamora, le pone la piel de gallina. Aplastada su mejilla contra el cristal turbio de la puerta mira de soslayo a la azafata -que le ha dado la bienvenida a la tierra de los elfos barbudos con copete verde- cómo se hace pequeña hasta desaparecer en la bruma.

Arcadio Cátulo Rangel no sabe si sentirse contento o no por estar en *Eblana Civitas*, nombre que le dio a la ciudad Ptolomeo en el 140 d. Xto., pero al fin y al cabo es la que él ha elegido para morir. ¿Cómo la seleccionó? Muy fácil. Colocó una alcayata en medio del mapamundi, atravesándolo contra la pared, y le hizo dar una vuelta con los ojos cerrados. Puso un dedo al azar. Y brotó del papel Irlanda, con todos sus relieves y acantilados mágicos. Su capital, Dublín, es una ciudad tan buena como cualquiera otra para esa ruleta trágica. Vaya forma de dar la vuelta al mundo, para elegir la tumba. Arcadio no sabe que el mapamundi está trucado, que todo es Dublín, válgame Dios. Afiebrado por la migraña e incomodado por la contorsionista posición en el minibús, en otro de esos momentos en que la mente se dispersa de la cordura, piensa, Mejor hubiera sido abrir la caja de Pandora, acabar en mi propio país, en mi propia tierra, en mi propia casa, pero cuando las puertas se abren y sus huesos retornan a su sitio, cambia de opinión, él es un hombre versátil que quiere disfrutar de forma delicada de sus anáforas y sus agonías. Y no sabe que lo que le espera en Dublín es dulce como la miel con wiskhy. Arcadio Cátulo Rangel viene a quedarse definitivamente. Sesenta años largos son muchos años y a pesar de ser más hueso que piel, un esqueleto andante que va desperdigando las neuronas, debe tener un poco más de sensatez, pero ya se sabe, la sensatez no la dan los años, sino el estudio, la inteligencia, diré más, la sabiduría, pero inexorable, tiene esos flashes que él llama literatura, sin rienda alguna que los domestique y hay cosas en la naturaleza que tienen la potestad de irrevocables. También todos sabemos, que hay fases pendulares en la vida en los que se ve túnel y túnel, pero siempre hay un punto de luz, aunque sea difuso, al otro lado, más al final que al principio. Todos lo sabemos, sí, pero Arcadio Cátulo Rangel no; lánguido, cariacontecido, enfermizo, rememora las últimas

vicisitudes de su acontecer... que la tristeza se le ha encaramado como una enredadera y que está muy lejos de la indolencia, está persuadido por ese mal, eso atisba, pobre hombre. Económicamente, aún vive de sus cuentos. Cuatro Antologías de gran éxito comercial en su tiempo, pero en la última década, sólo tiene deslumbrones y no puede escribir nada coherente, cohesionado, sus recursos financieros también se agotan. Lejos queda la cátedra. En su bolsa de mano lleva los papeles del divorcio sin firmar y otras cuatro cosas, éstas sin importancia para el relato, abalorios, bueno, tal vez el monedero con un puñado de billetes, para sostenerse un mes, como mucho. El anciano llega el último también a la cinta transportadora y nota que la boca se le llena de espuma amarga que quiere escupir; no sabe dónde y se la traga, hasta las mismas fauces del estómago, ya resabiado de tanta inmundicia. Todavía siente las miradas recelosas de los viajeros que esperan su maleta. El hombre ha sido sacado del anonimato entre los pasajeros no por su obra literaria, sino por haber hecho un embudo en el descenso de viajeros mientras él respiraba parsimonioso al pie de la escalerilla del avión una brisa húmeda, Qué poco condescendiente que es la vida, dice en voz alta; luego añade, La paciencia ha muerto, un réquiem por ella. Se debate por un corto espacio, el tiempo de un chasquido de dedos, entre la decadencia y el ostracismo; luego piensa en hacer una clasificación aristotélica de las clases de melancolías, más cábalas, más baremaciones. Por fin llega su maleta, se alegra por tan poca cosa, quiere sacar punta a las cosas cotidianas. La maleta es sencilla. La puede hacer rodar con displicencia y su equipaje interior es nimio: un par de zapatos negros, rigurosos, dos pares de mudas interiores, blancas, tres pares de pantalones de guiri, cortos,... nada relevante, bueno, el traje oscuro que le servirá de mortaja. Quizá debería haber echado alguna de sus Antologías de cuentos para, al menos en el instante

fatídico, beber un poco de vanidad y morir con cierto orgullo de haber hecho algo positivo, tampoco uno puede desmerecerse tanto. Pero ni eso. Su inglés es nulo, cero absoluto, y se siente enfermo y confuso y desamparado ante la desconcertante ambigüedad que le espera. La cabeza le estalla y extrae de la faltriquera un botecito con pastillas. Saca una, blanca, nuclear, calmante, analgésico y espasmolítico, cuánta cosa en esa insignificancia con forma de botón. Abre la boca durante un tiempo prolongado para embalsarla con agua de lluvia y la pastilla desciende por el tobogán de su garganta como si estuviera en un Parque Acuático, eso imagina, será excéntrico. Nada más salir del aeropuerto se encuentra con los dos pisos del 79 de la Compañía de Bus *Átha Chiath* (Autobús de Dublín) que lo llevará al Centro Urbano, qué casualidad, no tiene ni que preguntar, el autobús lleva un cartel aclarador en el frontispicio. Arcadio Cátulo Rangel no tiene dónde dormir, no conoce nada de la ciudad, no sabe qué hará, y sentado en el asiento maldice su improvisación. El templo rodante lo deja en *Aston Quay*, el centro neurálgico. La pastilla ha hecho efecto rápido y en su presente ve con más lucidez, eso cree, aunque siga la lluvia fina persistiendo en aguarle los párpados de acuarela. Ahora le duele el hombro derecho de llevar apretada la cinta del bolso de mano como si se lo fueran a robar, nada nunca es perfecto. Al cruzar de acera con torpeza se encuentra con el río *Liffey* y se queda mirándolo como si no hubiera visto antes en su vida un caudal con millones de gotitas repiqueteando en el agua y dejando circulitos concéntricos de mercurio, ¿o es de plata vieja?; imagina al río como un xilofón en la perspectiva y quiere escuchar su música; pero lo que oye realmente es una armónica que toca una nana tristísima bajo la lluvia inclinada. La hermosa melodía lo magnetiza como el hierro es atraído por un imán. Y allí está la muchacha de la armónica azul metálica, al pie de *The*

O'Connell Monument. Una diosa adornada por un marco ovalado de notas lúgubres que se pueden oler, que simulan tréboles de cuatro hojas, o jazmines blanquecinos, o rosas púrpuras, notas que traspasan la atmósfera grisácea y azulona con saetas de nostalgia, bajo aquel no cesar de minúsculas agujitas traslúcidas, soplando la armónica con los ojos cerrados por la concentración, con las pestañas empapadas y goteantes, con la vehemencia suave de la pasión dominada, con una dulzura infinita de alfajor, dando forma con su melodía a la ternura... Qué hermosa estampa. Arcadio Cátulo Rangel queda encantado, embelesado, aturdido por la belleza de la nana; siendo su único admirador bajo la lluvia, cree reconocer en la ejecución a Chopin, pero no está seguro. La muchacha de la armónica azul metálica abre los ojos: los tiene de un azul líquido precioso, aguamarina, brillan por naturaleza y se reflejan en el metal de su instrumento ¿de viento?, inventando una original obra de *Art Nouveau*. Ella le hace una reverencia en una genuflexión de piernas cruzadas que pone en peligro el equilibrio, agradeciéndole que sea su único auditorio, y Arcadio asiente con la cabeza. Con un mohín de la mano le dedica parte de la *Sinfonía n° 9* de Ludwig van Beethoven y aunque hay cierto lamento en su interpretación, es más viva y colorida que la nana, y sin dejar de resaltar algunos átomos de candidez en la melodía, ella no necesita toda una pomposa orquesta con flautas, oboes, clarinetes, fagotes, trompas, trompetas, trombones, trompetas, violines, violas, violonchelos o contrabajos, se sirve muy bien con su simple armónica, aunque parezca increíble, falaz. La percusión la pone Arcadio con el tronar de los latidos del tambor de su viejo corazón, con los aplausos de los platillos de sus manos entrechocándose. Arcadio Cátulo Rangel cree morir de embeleso, él pensaba que sólo con la Literatura se puede morir de encanto, pero no es así, hay muchas cosas por descubrir y disfrutar. Pero no

quiere, pertinaz, sucumbir, lo suyo tiene un nombre: renuencia, él lo sabe, comparable al miedo a la felicidad; no es que el anciano sea piadoso, no, ni apostólico ni romano, no, es catalán enfermo, anárquico indeciso, por ponerle una etiqueta con una cuerdecita en el dedo gordo del pie: porque es un cadáver andante. Su maleta le acaricia la pernera del pantalón húmedo porque sigue sin fiarse de nadie y se abandona a la tentación de mirar con descaro a la muchacha de la armónica azul metálica, repasándola libinidoso, licencioso, de arriba abajo, de este a oeste, en diagonal. Es pelirroja auténtica, con media melena aplastada contra el cráneo y la cara por la lluvia –que sigue siendo bobalicona-, media melena que le llega hasta unos hombros que parecen frágiles, de vidriera de catedral, su cara es redonda como la de un querubín, como la de un ángel pintado en lo más alto de una cúpula, sus ojos de tan claros, acuosos, como el vino celestial, su naricilla ronda la perfección de las vírgenes, intuye que sus labios son armónicos, perfilados en la santidad de la música, el cuello largo de cisne del Paraíso, el busto griego de Afrodita, la cintura de avispa de ermita, piernas largas, interminables, como crucifijos, pies pequeños, acotados en unas zapatillas deportivas ahogadas por el agualluvia del cielo. El vestido vaporoso, estampado de nenúfares, le sobrepasa las rodillas y se ciñe al cuerpo dejando una desnudez anfibia; es una escultura de Fidias en movimiento, una criselefantina de oro y marfil idéntica a su *Atenea de Parthenos*, aunque más pacífica. Arcadio Cátulo Rangel eleva la cabeza hacia el cielo caleidoscópico, soportando los ahora alfilerazos de agua, pero antes de alcanzarlo en su plenitud inabarcable ve que O'Connell tiene una erección de piedra, al menos eso imagina vislumbrar desde su enfermedad irreversible o no. Al sesentón le viene un vértigo criminal de desamparo. El aire es azul. Vuelve a mirar a través de las ropas mojadas el triángulo pelirrojo sobre las piernas de la muchacha de la

armónica azul metálica. Su pubis es lindo, poblado, carmesí oscuro, con el color de un apagado fuego, de un fuego aguado, como el color del óleo en la barba de Van Gogh, en su *Autorretrato*. Piensa Arcadio que va a perder el conocimiento ante tanto arte, ante tanta belleza, igual que el *Síndrome Stendhal* con Florencia. Ella es el sanctasantórum de la Belleza. Puede que le dé un ataque al corazón. Pero él quiere elegir su propia muerte. Encoge el pecho creyendo que con ello amortiguará el martillazo en los ventrículos, cosas de viejos que van perdiendo la cabeza. Ve la bolsa de plástico a sus pies -de la cadena de tiendas *Carrolls*- donde la muchacha haraganea -según algunos, los más procaces y lenguaraces-, tiene dentro de la bolsa dos dedos de agua y al fondo hay unos céntimos de bronce límpido como un raquíico tesoro pirata hundido por el cañonazo de la decepción. Arcadio Cátulo Rangel, generoso, echa un billete de 100 euros y lo ve flotar como un velero. Se marcha por *Abbey Street*, no quiere capitular ante la hermosura de la escena, ante la música embriagadora, ante la muchacha pelirroja, diosa entre diosas. La muchacha de la armónica azul metálica recoge el billete mojado y lo convierte en pegatina sobre su pecho izquierdo, y lo persigue. La lluvia arrecia, qué momento para que la naturaleza actúe con más virulencia. Hay en la persecución un romanticismo de río con corriente, de cascada tormentosa, de mar embravecido, de naufragio. Lo alcanza y ve que Arcadio Cátulo Rangel está llorando bajo la lluvia, ahora sonora; agua sobre agua. Se presenta como Gladis y le pregunta adónde va. Él se encoge de hombros, sus lágrimas son más gruesas que los goterones que caen del cielo abierto como una granada. Y no quiere que la conmiseración de la muchacha se haga efectiva, se da la vuelta y hace el amago de huir corriendo, arrastrando la maleta, los huecos de la mente, el lastre de no saber lo que le pasa. Ella le retiene del antebrazo. Le invita a su casa diciéndole que no es

por piedad, sino por amor. ¿Cómo alguien se puede enamorar de un viejo esqueleto?, le pregunta. Ella le sonríe con una luz de cuarzo que reverbera en sus dientes alineados en la corrección, Arcadio descubre por primera vez que los labios de la muchacha son carnosos, de melocotón almibarado que invitan al jugoso mordisco, también le brillan los ojos de un azul acuoso indescriptible... No puede resistirse y acepta. Cogen el *Luas* (velocidad en Ga lico), un tranvía ligero que les llevará al *South Georgian Area* (Barrio Georgiano), donde ella malvive feliz. Las puertas de las casas de ladrillo son de colores: o negro, o blanco, o amarillo, o rojo, o verde..., pero ella est  en los aledaños, sobrevive en un humilde sótano cuya única ventana al exterior sufre los latigazos de la lluvia como si est a, quisiera herir el cristal y hacerlo cicatrices de relámpago, virutas. Cuando entran en aquel pequeño estudio con un díptico: dos minúsculas habitaciones, y dos trilogías: lavabo, WC y ducha juntos, cocina, nevera y cuarto de estar juntos, y ninguna dependencia más, Arcadio Cátulo Rangel le da las gracias cortésmente por su hospitalidad. Est  aturdido. Ella se desnuda delante de él sin pudor, se seca con una toalla y se coloca un pijama sin ropa interior.  l va al pequeño lavabo a cambiarse, con el rubor de generaciones aflorando en sus pálidas mejillas. Cuando sale, la muchacha le invita a sentarse en el sofá-cama frente al televisor de 14 pulgadas que, encendido, ronronea como un gato palabras ininteligibles, luego a un t . Ella le arrulla con los brazos, le aprieta con el pecho izquierdo en el costado –calor que él no quiere adivinar si es voluntario o involuntario, si es de duna o de volcán- y le besa las ásperas mejillas de huesos prominentes hasta que él, caballeroso, inerme, se duerme como un niño, como un bendito, exhausto: pudiera ser que haya encontrado la paz que tanto anhela, pudiera ser, el narrador todavía no lo sabe o expreso, se calla. En su sueño Arcadio ve que los

vikingos le roban la cartera del bolso de mano y le arrancan de un mordisco un riñón sanguinolento, imagina las gotas de sangre como rojos pétalos en la nieve, hay que ver con qué facilidad se traslada en el tiempo este hombre y cómo los miedos le amedrentan y se meten hasta en la médula del subconsciente. Su alma quiere estar tranquila, pero el remordimiento se lo impide, él sabrá a qué, porque el narrador, por más que indaga, no consigue conocerlo con la profundidad que lo ha hecho Miss Gladis, la muchacha de la armónica azul metálica que sopla como los ángeles, entre otras tantas cualidades. Miss Gladis tiene una edad indefinida, no sabría decir bien bien, me recuerda físicamente, también, a Ofelia, la del cuadro entre nenúfares, aunque mucho más vívida, disculpen la intrusión, el narrador es de los que quieren meter baza y para ser un poco más explícito, en realidad, el narrador es una narradora, y encima de la familia. Sé lo que digo, en los últimos diez años he visto a Arcadio Cátulo Rangel perder la inspiración para sus cuentos, perderse en el centro de Barcelona, perderse en su propia casa, perder peso, incluso, perder la ilusión. También lo he visto deteriorarse poco a poco, como si tuviera una enfermedad terminal, que no es cierta del todo, aunque algo hay. Él decía que le dolía la mente, que era migraña, pero iba mucho más allá. A veces se quedaba durante meses anclado en un niño adolescente de agua, invisible, otras, adquiría la personalidad de uno de los personajes de sus cuentos y durante días era un policía de servicio que investigaba en las hemerotecas vete tú a saber qué o era un caballero del renacimiento que seducía a las cortesanas más pintadas. Pero sigamos con la historia. Miss Gladis despierta a Arcadio Cátulo Rangel ofreciéndole huevos fritos con puntillas, salchichas cocidas, templadas tostadas, patatas fritas crujientes, un jarrón humeante de café con leche y unas galletitas autóctonas que saben a esparto; él está hecho un siete y aun doblado, las

pantorrillas y los pies se le salen del plegatín. Mientras deglute con voracidad las viandas insiste, ¿Por qué tu amabilidad?, podría ser un ladrón, un violador, un asesino y por amor no puede ser, soy un viejo, un esqueleto disfrazado de piel... Y ella una muchacha que sopla melodías clásicas en una armónica azul metálica, y una raspa desnuda... Esqueleto y raspa, vaya pareja. En aquel saloncito hay libros en los anaqueles de James Joyce, Oscar Wilde, Samuel Beckett, Bram Stoker... Sin duda la muchacha ama la literatura nacional irlandesa... Eso alegra a Arcadio, pero no sabe por qué motivo, otra de sus lagunas. Bajo las estanterías hay un arpa desafinada por el desuso, único adorno del estudio. Miss Gladis se viste con una gorra de béisbol, una blusa vaporosa y transparente, un pantalón vaquero con flecos en los bajos, con agujeros en las rodillas y en los muslos, y unas impecables zapatillas de marca, de estreno. En el bolsillo trasero del pantalón vaquero asoma parte de la armónica azul metálica como si fuera la cabeza de un osito con vida propia. La muchacha se ofrece a ser su guía en Dublín. Le enseña la ciudad de cabo a rabo. Son unos días maravillosos, de esos que embelesan y cautivan, de esos que entusiasman y agradan. La muchacha salta delante de él como un cervatillo de ojitos acuosos y terapéuticos mientras cruzan el río *Liffey* una y otra vez por los puentes *O'Donovan Rossa*, *Grattan*, *The Millennium*... como si estuvieran en el Juego de la Oca. Lo lleva a visitar, el Castillo de *St. Audoen's* por *Cook Street*, la *Viking/Medieval Area* por *Essex Street*, la Catedral de *St. Patrick's* por *Golden Lane*, el *Trinity Collage* por *Nassau Street* ... Muchas noches lo lleva a la Zona de *Temple Bar* donde hay un microclima cosmopolita de fiesta con nigerianos, chinos, teutones, londinenses, autóctonos y actuaciones en directo, lo lleva de compras al *Shopping Centre* (Centro Comercial) de *Stephen's Green*, le habla durante las comidas de la invasión normando-

francesa, del IRA, de la Guerra de ingleses contra irlandeses que terminó en 1921 con una tregua que llevó a la negociación del Tratado Anglo-Irlandés y que culminó con el Estado Libre de Irlanda en 1922, le habla de los líderes del movimiento independentista Michael Collins y Rory O'Connor, le habla de una antigua leyenda irlandesa de un rey que cuando tocaba una piedra, ésta gritaba, lo lleva a los Teatros *Abbey, Gate, Olympia, Gaiety*, lo lleva a la *National Gallery, Irish Museum of Modern Art*, deja que se embriague en la destilería *Guinness*, de cerveza negra y amarga... Una de las veces que más se ríen es cuando Arcadio Cátulo Rangel se deja fotografiar junto a la estatua de James Joyce y en el momento en que la muchacha de la armónica azul metálica oprime el minúsculo cilindro que sobresale de su cámara fotográfica, al vejete le da por propinarle un puntapié al bastón que sostiene al controvertido erudito; yo como narradora he de decir que tengo ahora mismo la instantánea de esa imagen delante de mis ojos, mientras escribo, y me sonsaca una carcajada imaginar al autor de *Ulises* castigado por mi marido aún, y cayendo al suelo como un fardo; Leopold Bloom, el personaje, si tuviera vida, no sé si se irritaría por lo que digo, puede que yo también esté un poco loca. En fin, son días gloriosos en los que Arcadio se olvida del propósito de su viaje. Continúo. La muchacha de la armónica azul metálica tiene un secreto íntimo que no quiere desvelar. Ella es una bohemia que ama la literatura, la música, las artes en general. De pequeña fue adoptada por unas personas mayores que al morir le dejaron en herencia el zaguán donde vive, y la bondad, y el amor a la literatura irlandesa, y la música sin fronteras en el tiempo. Al principio ella toca el arpa y gana mucho dinero en los Pubs Dublinenses porque su imagen es un símbolo de la ciudad y los turistas aflojan la cartera por escucharla, pero a ella sólo le gusta la armónica y sigue sus principios a rajatabla, aunque sus ingresos

económicos sean menores. Miss Gladis tiene un contrato no escrito, tomó en su día el Monumento de O'Connell como su sede para soplar la armónica y resaltar su virtuosismo, y otros músicos ermitaños, desde antaño, le respetan el privilegiado lugar sin protestas. Por las noches Arcadio llega cansado al zaguán y con la mente atolondrada, pero más feliz. La muchacha de la armónica azul metálica es un bálsamo para él, a veces cree escuchar ensalmos o coros de basílica con acústica perfilada, también el oído vive de recuerdos. El mes pasa como una utopía. Las lluvias intermitentes, unas veces de luz, otras de agua. Se quedan sin dinero y ella tiene que ejecutar de nuevo la *Sinfonía N° 9 Op. 125 en re menor* en O'Connell, con un adagio, un andante, varios prestos y un último movimiento que es un símbolo de la alegría y la libertad, precisamente el himno de la UE; tiene muchas melodías, pero ésa es la que más le gusta interpretar, bueno, exceptuando sus *nocturnas*. La bolsa de *Carrolls* está repleta de billetes de 5, 10, y 20 euros. Ella llega a su casa y el viejo Arcadio Cátulo Rangel ha preparado la cena, no se da cuenta que la mitad de los alimentos cocinados están chamuscados. La muchacha no se lo tiene en cuenta, sabe más de lo que dice, de lo que representa. Tras la frugal cena ella, a poquitos, le llena la cara de besos en las cejas, los párpados, en la comisura de los labios... nada sexual. Él, aturdido, le dice, Puedo ser tu padre, ella, escrutadora, le dice, Puede ser. Arcadio duda, no sabe que su esposa y madre biológica de la pelirroja la avisó de su llegada, previniéndola, que quería que lo cuidara, que el Alzheimer es peligroso, una enfermedad neurodegenerativa con deterioros cognitivos, trastornos conductuales y falta de memoria que no se cura con incienso. Pocas cosas en la vida ocurren por azar. La muchacha de la armónica azul metálica fue abandonada cuando era un bebé por Arcadio y la narradora, eran los largos tiempos de la Postguerra Civil, demasiado jóvenes, los

recursos escasos, las hambrunas pululando como gusanos en un ataúd llamado patria... Cuando el matrimonio se recuperó económicamente, la buscaron, pero se perdió la pista, hasta que Miss Gladis quiso saber el porqué de su abandono, ya era mayor. Encontró a su madre biológica con ayuda de un investigador privado. Lo comprendió todo perfectamente y aisló de su mente el rencor, pero quería seguir con su libertad. No quisieron decirle entonces nada al padre, ya tenía la enfermedad dentro, aullando como un lobo herido: no lo entendería. En ese mes que está con su hija, ella, en la intimidad de su habitación, se estira desnuda sobre el mullido colchón como una maja, todas las noches repite el mismo ritual: bufa la armónica con delectación, sobre todo nanas sublimes que riega hasta el delirio más exquisito. Luego, de madrugada, miel y wisky. Una de aquellas noches... Medianoche de nana y luna. La música ininterrumpida. Arcadio se levanta a orinar. La puerta de ella entreabierta deja ver, de media cintura para arriba, su desnudez de Venus: sus pechitos dos naranjas luminosas -bodegón de óleo-, el cabello pelirrojo desmayado sobre la tierna almohada, sus ojos cerrados abiertos a la fantasía, ¡Dios mío!, en su sonrosada sonrisa de alhelí un sutil susurro de gozo flota como una burbuja de aleluya, pero... ¿por qué la armónica azul metálica no está en su boca melosa?, ¿por qué sigue sonando la nana?, ¿de dónde brota ese otro virtuosismo musical incognoscible? Arcadio no quiere imaginar el resto de su cuerpo y deja que los rayos blancos de luna sublimen el cuarto de baño, su generosa y dorada micción. Arcadio Cátulo Rangel ha disfrutado de su estancia en Dublín, pero le acucia la necesidad de volver, de encontrarse mejor a sí mismo sin suicidios en vano. Arcadio regresa a Barcelona, rompe los papeles del divorcio y vive sus últimos días con la narradora, aunque ya no la reconoce ni como esposa, ni sabe de hijas ni de mandangas, ni sabe de

nada. Yo le he tomado el relevo como escritora y también tengo varias Antologías de cuentos. De vez en cuando, por Navidad o para el día de su cumpleaños, la muchacha de la armónica azul metálica nos llama por teléfono y nos regala con vívida voz un *Os quiero*; bello instante, prodigiosas palabras que desdibujan el remordimiento histórico, balsámicas notas, hermosa melodía.